

La Cuarta Dimensión: LA PROFUNDIDAD

Cinthia Méndez

La Cuarta Dimensión: La Profundidad



Cinthia Méndez

Capítulo 1

Novela basada en hechos reales. Los nombres originales han sido cambiados para proteger la identidad de las personas que participaron en estos hechos.

...De manera que Cristo more por la fe en vuestros corazones; y que arraigados y cimentados en amor, seáis capaces de comprender con todos los santos cual es la anchura, la longitud, la altura y **LA PROFUNDIDAD...** (Efesios 3:17-18)

Capítulo 1

Mi Primer Recuerdo

Me llamo Sasha, y en ese entonces, deseé que las cosas pudieran ser diferentes. Quería ser normal; igual al resto. Lograr dormir una noche completa y vivir sin miedo a la oscuridad. Era todo lo que anhelaba. Con el pasar de los años, me di cuenta que cada vez que alguien me preguntaba:

—¿Cuál es el primer recuerdo, que se te viene a la cabeza de tu infancia?

Mi respuesta jamás cambia:

<<Tenía cuatro años. Era domingo. Estaba en la cocina viendo a mis papás preparar un Tapado para el almuerzo. Mi mamá le pidió a mi papá que pelara la yuca, porque le daba miedo cortarse. Como era pequeña y no me dejaban ayudar, pensé que sería mejor ir a mi cuarto a jugar.

Salí de la cocina y pasando apenas el comedor, en dirección al sur, estaba mi habitación, la cual era muy oscura porque sus ventanas daban hacia el pasillo interno de la casa en lugar de hacia afuera, por lo que, si quería estar ahí durante el día tenía que encender la luz, pero en esa ocasión, no lo hice; me quedé petrificada frente a la puerta sin poder dar ni un solo

paso para entrar.

—Vení... —me dijo ella.

A pesar de que era tan solo una niña y no entendía del todo lo que veía frente a mí; sentí miedo y algo en mi interior me dijo:

—¡No entres!

Corrí de regreso a la cocina y con mucha angustia le dije a mis papás:

—¡La muñeca pelona! ¡la que es de mi tamaño! está sentada sobre mi cama y me dijo: << Vení >>, ¡me extendió la mano y me llamó! ¡me sonrió!

Mi mamá me dijo en tono incrédulo:

—Soñaste.

—¡No! ¡es cierto! —le insistí molesta por dudar de mí y de inmediato, busqué a mi papá con la mirada esperando que él me creyera y, a pesar de que no era muy religioso o creyente, sin soltar la yuca y el cuchillo que tenía en las manos, salió al pasillo, pero se quedó ahí y me dijo:

—Tu muñeca está tirada en el pasillo frente a la entrada de tu cuarto.

<<No puede ser>> pensé, y salí de la cocina para verla con mis propios ojos. En efecto, mi muñeca gigante estaba en el suelo. No quería que mis papás creyeran que lo había imaginado todo. Sin embargo, me preocupaba más que nada, que mi papá, en específico, pensara que mentía porque mi mamá no me había creído ni por un segundo. De hecho, en el instante mismo que la escuché decir: <<soñaste>>, me juré no volver a contarle nada, nunca más. Pero mi papá, al menos, se había tomado la molestia de ir a comprobar si era cierto y hubiera llegado hasta mi cuarto de no haberla encontrado antes en el pasillo. Me había dado su voto de confianza y no quería decepcionarlo.

Siempre tuve y sigo teniendo, una conexión más grande con él que con mi mamá porque a lo largo de mi vida y, de diferentes situaciones que he pasado, su actitud hacia mí siempre ha sido la misma; escucharme, mostrar interés y preocupación real en lo que le digo y dejar de hacer, lo que sea que esté haciendo para venir a apoyarme. Por eso, al ver a la muñeca tirada en el pasillo, sentí que el miedo que un minuto atrás me había hecho salir corriendo a pedir ayuda, se transformó en enojo. << ¡Por culpa de esa muñeca! >> me dije a mi misma. “Esa”, porque ya no me nacía llamarla: “mi” muñeca, mi papá, quizá, creyó que le mentí. Mientras pensaba cómo deshacerme de ella, escuché que afuera de la

casa una señora que iba pasando, gritaba:

... ¡Van las tortillaaaas! ¡las tortillaaaas!...

Y en el acto, la solución se me vino a la cabeza. Fui por la muñeca, la tomé del brazo, me la llevé, abrí la puerta de la calle y grité:

—¡Tortillas! —para detener a la vendedora de tortillas y, para mi suerte; no la de ellas, la acompañaba su hija. Una niña que parecía tener la misma edad que yo. Ambas se acercaron a mi casa y la señora me preguntó:

—¿Quieren comprar tortillas? —y le respondí:

—No, quiero regalarle a su hija esta muñeca —y se las di.

Su hija se emocionó y la abrazó con tanto cariño, que se me olvidó por un momento el enojo que sentía porque me mataba el cargo de conciencia que me daba verla así de feliz, sin imaginar, si quiera, la razón por la cual se la estaba regalando, pero quería que se la llevaran lo más lejos posible. No podía dar marcha atrás.

La señora, también agradecida, me dijo:

—Gracias, mamita. Dios te bendiga —y se la llevaron.

Me sentía una cucaracha malvada, pero aliviada. Entré a la casa y mi papá al escuchar que cerré la puerta, salió rápido de la cocina y preocupado me preguntó:

—¿Quién salió?

—Yo. Le regalé la muñeca a la tortillera y a su hija —le respondí.

—¡No hagás eso! nunca más abrás la puerta sin decirme a mí o a tu mamá. Te pudieron haber robado y no nos hubiéramos dado cuenta.

—Ok —le prometí.

No me molestaba, en lo absoluto, que mi querido papá me regañara porque sabía que solo se preocupaba por mi seguridad, una vez más. Esa certeza en mi corazón me hacía feliz y lo único importante era que me había deshecho de la muñeca y no la volvería a ver, jamás. No sospechaba que, "la muñeca que me había hablado", era solo el comienzo de lo que estaba por venir...>>

Capítulo 2

Capítulo 2

Entre las 2:00 y 3:00 a.m.

La muñeca pelona se había ido para siempre, pero en esa época mi papá viajaba seguido a los Estados Unidos. Era normal que en cada viaje nos trajera juguetes nuevos a mis hermanos y a mí; por lo que pronto, una nueva muñeca tamaño real me fue regalada. Por lo menos, en esta ocasión, mi reciente adquisición era hermosa, la muñeca más bonita que había visto en mi vida. Tenía ojos grandes en color azul con pestañas de ensueño, larguísimas, el cabello largo, rubio, lleno de ondas y espirales y venía vestida de novia.

Para ese tiempo, ya tenía cinco años y a pesar de que mi papá le había comprado a mi hermana, la que parecía ser <<la dama de honor>> de la boda, sabía que consideraba más bonita mi muñeca que la suya y me preocupaba que la usara mientras yo no estaba en casa. Había una diferencia de tres años entre nosotras y ya me tocaba asistir al preescolar por lo que le dije que no podía tocarla, que debía jugar con sus propios juguetes. Lejos de hacerlo por egoísmo, que es lo primero que cualquiera podría pensar, quiero aclarar que desde siempre fuimos muy diferentes. Por mi parte, muy cuidadosa. Sacaba mis juguetes de sus cajas para usarlos y al terminar los guardaba de nuevo en sus respectivos empaques y los devolvía a su lugar asignado en la repisa para que no se estropearan. Me gusta contar con orgullo que llegué a la adolescencia y todavía conservaba intactos varios de ellos y hasta se los pude regalar a una prima. En cambio, Fabiana, destruía rápido sus juguetes, perdía sus accesorios y no le duraban mucho. El que tiene hermanos menores sabe de lo que estoy hablando y si eres hermano menor, seguramente tendrás entre tus secretos mejores guardados, el escondiste aquel o aquellos juguetes que rompiste mientras tu hermano mayor estaba fuera de casa. Insisto, no es egoísmo, sino, una convicción firme de que <<el que cuida siempre tiene>> como escuché decir a una tía, en cierto momento.

La peculiaridad de estas dos, nuevas muñecas, era que traían unos discos pequeños que se colocaban en una compuerta ubicada en su espalda y con el uso de un par de baterías AA, les permitían hablar, en el caso de la de Fabiana y, hablar, cantar y bailar, a la mía. Aunque esto pueda sonar un tanto tenebrosos, jamás me hicieron sentir miedo ni recuerdo haber tenido una mala experiencia con ellas. Sí, me hacían recordar lo sucedido con mi antigua muñeca, pero no percibía <<nada>> dentro de ellas hasta que una noche, mi hermano mayor puso una película de terror en la televisión cuya historia giraba alrededor de un accidente de avión. Lo

único que recuerdo de ella, que me imagino fue la escena que más me marcó, fue cuando uno de los sobrevivientes llegó al cementerio a dejarle flores a su familiar, creo que era su esposa y mientras las colocaba dentro de un jarrón en el suelo, vio a lo lejos a una niña pequeña caminando entre las tumbas. Como cualquier adulto le pareció extraño que anduviera sola en ese lugar y la siguió hasta encontrarla sentada sobre una de las lápidas. La niña estaba de espaldas y cuando él se acercó para hablarle, ella se dio la vuelta mostrándole que tenía la mitad de la cara quemada. El señor se asustó muchísimo y salió corriendo imaginándose que se trataba del alma en pena de alguna de las víctimas de accidente y justo cuando estaba por cruzar la puerta de salida del cementerio, una mano pequeña le tomó de la suya, cuando él volteó a ver de quién se trataba se dio cuenta de que era una muñeca del mismo tamaño que la niña que acababa de ver y también con la mitad del rostro quemando. El hombre salió como loco del cementerio hacia la calle y lo atropelló un camión quitándole la vida.

La muñeca se parecía en mucho a la mía. Solo, entonces, comencé a tenerle miedo, pero a causa de la sugestión que me provocó haber visto esa película, por lo que decidí que por mucho que me gustaba, tendría el mismo final que la anterior. Esta vez le pedí a la empleada de la casa que se la regalara a cualquier vendedor ambulante que pasara por la colonia para no arriesgarme de nuevo a hablar con desconocidos.

Habían pasado meses desde el primer episodio sin que sucediera nada fuera de lo común. Claro, <<lo común>> no es igual para <<todos>> en este mundo, porque para mí, antes de la muñeca que me habló a los cuatro años no recuerdo nada, pero a partir de ahí, puedo decir que jamás dormí una noche completa hasta los 31 años. Sí, para mí era común y lo normal, despertarme ya fuera a las 2:30 o 3:00 a.m. (en su mayoría) todas las noches. Estoy segura de la hora porque siempre tuve reloj despertador digital, con la alarma para la escuela en mi cuarto y cuando me despertaba en las noches podía ver los números que brillaban en la oscuridad, no había aprendido todavía la hora, pero los tenía grabados en la memoria.

No fue hasta el segundo o quizá, tercer grado de la escuela primaria que en la clase de matemáticas nos empezaron a enseñar la hora. Mi papá, debido a eso, me regaló un reloj de pulsera y él mismo me enseñó cómo funcionaba, y así comprendí lo que significaban dichos números en mi despertador. Y ¿Qué sucedía cuando me despertaba en la madrugada? algo muy feo, de verdad.

Me despertaba porque escuchaba ruidos. Anteriormente mencioné que las ventanas de mi cuarto daban al pasillo interno de la casa y lo que recuerdo como si hubiera sucedido apenas ayer, son los pasos de alguien caminando por ese pasillo. O sea, partiendo de la puerta de la habitación de mis papás — a la par de la mía — hasta llegar a la sala. Podía sentir

como pasaba despacio la mano por la pared de mi cuarto, razón por la cual mantenía las ventanas y cortinas cerradas, todo el tiempo, para no ver qué o quién intentaba asustarme todas las noches. Eso es algo que deseo dejar claro, siempre supe que esa <<cosa>> o <<cosas>> estaban ahí por mí, porque el pasar la mano por la pared solo podía significar que <<ese ser>> sabía que me asustaba, que le temía y que por su culpa dormía pegada de espaldas a la pared cubierta hasta la cara con mi cobija. Era tanto el miedo que me producía que solo me dejaba libre los ojos para vigilar si se aparecía o se movía, en algún momento, dentro de mi habitación.

De manera simultánea, ya había alguien en la sala, porque escuchaba el crujir de los resortes de uno de los sillones, como si alguien caminara encima de él. Debo mencionarles, también, que compartía la habitación con Fabiana y ella dormía en la cama de al lado, pero jamás escuchó o sintió nada mientras vivimos en esa casa hasta mis 14 años.

Capítulo 3

Capítulo 3

¡Feliz día del niño!

En mi país, Honduras, por tradición celebramos el día del niño el 10 de septiembre de cada año. Era 1,994, mi hermano menor para ese entonces, tenía 3 años y mis papás le regalaron un avioncito de cuerda por la celebración. Dicho avión se presionaba y se corría hacia atrás para darle cuerda justo igual que a los carritos de juguete y cuando lo soltabas levantaba el fuselaje hacia arriba para avanzar a toda velocidad con sus ruedas traseras, simulando que volaba. Al mismo tiempo, generaba un sonido parecido a un zumbido muy fuerte como si fuera el sonido de un motor de verdad.

Una noche, no recuerdo, qué estaba soñando, pero sí que a mitad de mi sueño escuché un zumbido y fue como si mi sueño se detuviera de golpe. Podría decir que, aunque seguía dormida estaba consciente de que el sonido venía del exterior hacia mi cabeza y no estaba dentro de ella. Era justo así, el tiempo se había detenido tanto dentro, como fuera de mí, hasta que escuché el zumbido por segunda vez y en un sobresalto abrí los ojos y susurré aterrada:

—El avioncito de mi hermanito...

Me encogí dentro de la cama, me pegué de espaldas a la pared porque me había despertado boca arriba y <<me embrujé toda>>, solo me dejé, como siempre, los ojos descubiertos. Para los que no entienden está expresión, los hondureños solemos decir <<me embrujé o embrujarse>> haciendo referencia al acto de cubrirse todo el cuerpo con la cobija para ocultarse de algo o alguien.

Podía escuchar con claridad que alguien jugaba con el avioncito en la sala y que le daba cuerda hasta que sus ruedas tronaban al máximo, luego, lo soltaba, y este tomaba dirección hacia mi cuarto, pero se detenía mucho antes de llegar. Después escuchaba como le daban cuerda otra vez desde la sala como si lo regresaron hasta el mismo punto de dónde lo habían arrancado la primera vez, para soltarlo de nuevo. Cada vez que avanzaba se detenía más cerca de mi habitación, pero nunca llegaba.

Cansada de que cada noche algo sobrenatural pasaba, me dije a mí misma: <<No voy a esperar despierta para comprobar qué va a pasar cuando al fin llegue a la puerta>>, cerré mis ojos y le pedí a Dios que me

ayudara a quedarme dormida para ya no escuchar nada ni tener miedo, y eso, es lo único que recuerdo de esa noche.

Capítulo 4

Capítulo 4

La Nigüenta

Quizá, algunos, la recuerdan más como la niña de la espina en el pie o la niña que se está sacando una espina del pie, pero el nombre real de este cuadro es la Nigüenta. Para unos, en otros países, representa un amuleto de la buena fortuna o un regalo de un ser querido. Sin embargo, el hecho es que la imagen de esta niña sigue siendo un adorno en los hogares de muchas familias, y quiero dejar claro, que no es mi intención entrar en controversia con las creencias, supersticiones o religión de nadie, solo deseo compartir mi experiencia con ella.

Mi mamá recibió este cuadro como regalo de mi abuela y decidió ponerlo en mi cuarto; no tengo claro si fue cuando nací yo o mi hermana, o qué edad teníamos cuando llegó a nuestra casa. Solo recuerdo que colgada de la parte superior de la pared entre ambas camas y que a pesar de mostrar una imagen inofensiva de una niña, evitaba a toda costa mirarlo porque percibía que de alguna manera me llamaba o invitaba a verla y cuando lo hacía, sentía que mis ojos se perdían en el azul del cielo a sus espaldas y sin darme cuenta, entraba en una especie de ilusión en la cual veía ese precioso cielo azul volverse negro como la noche y la figura de esa niña alejarse a toda velocidad como quién es tragado por un agujero negro. Mi corazón se aceleraba tanto por esa sensación de ser absorbida con ella, que terminaba por volver en mí, tan agitada que parecía que me acababa de despertar de una pesadilla con una gran presión de angustia en el pecho.

Y hago la comparación con las pesadillas, porque también, tuve muchas en las cuales me encontraba en ese mismo campo cubierto de hierba, con ella, y esta levantaba su rostro para mostrarme una mirada diabólica y sombría, lo cual me hacía despertar solo para encontrarme con el brillo de los números rojos del despertador, marcando las 3 a.m., en medio de la oscuridad de la madrugada y al compás de los pasos al otro lado del pasillo de mi cuarto. A este punto, sentía que la oscuridad de afuera había encontrado por fin, una manera de entrar en mi habitación por las noches y ya no me sentía segura en mi propia casa.

Otro dato importante sobre este cuadro es que se lo regalé a Catalina, la empleada de la casa y después de tenerlo unos días en su cuarto me lo devolvió. Recuerdo perfecto que me dijo que desde el primer día que lo puso en su habitación había experimentado pesadillas muy aterradoras y

que me lo devolvía porque estaba segura que eran debido a esa imagen.

—¿Viste los ojos de la niña? —le pregunté, refiriéndome a verlos en sus pesadillas.

—¡Sí, son horribles! —me respondió.

Le pedí que fuera conmigo para que le contáramos la experiencia de ambas a mi mamá y logramos convencerla de que lo botara en la basura.

Capítulo 5

Capítulo 5

El Dragón con Cara de Tonto

Durante los 14 años que viví en nuestra primera casa, tuve una experiencia con un sueño repetitivo en el cual recuerdo qué se nos tenía prohibido salir porque había un dragón afuera que se comía a la gente que salía de sus hogares. La colonia estaba formada por bloques peatonales, identificados con las letras del abecedario y cada uno tenía un corredor de gradas de subida y a los laterales de las mismas, se encontraban las casas numeradas. No puedo dar el nombre de la colonia, ni el bloque, ni el número de casa, por respeto y privacidad a las personas que puedan habitarla en la actualidad, dado que no nos mudamos por los sucesos que les he contado, sino porque mis padres quisieron mudarse a una casa más grande con garaje para dos autos. Además de eso, dichos sucesos solo fueron experimentados, en su mayoría, por mi persona y unos cuantos más, por mi hermano menor. Mi mamá, papá, hermano mayor y mi hermana menor, jamás experimentaron nada de origen malvado en esa casa, a excepción de que estos dos últimos, expresaran en algún momento que, aunque el patio era pequeño les daba miedo salir en las noches.

Con el pasar de los años ese sueño se me repitió una y otra vez, pero pasé de tenerlo de dos a tres veces por semana a repetírseme de una a dos veces por mes y luego dos o tres ocasiones por año. El único cambio que experimenté en él, fue cuando mis papás construyeron el porche de la casa y que en lugar de abrir la puerta y asomarme hacia las gradas para ver al dragón viniendo hacia mi casa, me asomaba por unos huecos en forma de rombo que tenía el diseño de los barrotes del garaje y desde ahí podía verlo venir a toda prisa.

Él dragón, siempre sabía cuándo me asomaba por las rejas, pero ¿qué era lo curioso de este dragón? Que carecía de la apariencia de un dragón temerario y, por el contrario, tenía los ojos bizcos y cara de tonto. Su imagen era la de una criatura torpe; sin embargo, me provocaba un terror terrible e inexplicable. Estoy consciente de que, dentro del mismo sueño, más de una vez me pregunté a mí misma << ¿Por qué si se ve tan inocente me da tanto miedo?>> era algo que no tenía lógica, ni justificación, ni sentido, pero era así.

Nunca les conté a mis papás sobre este sueño o pesadilla porque no creí que le encontrarían algún sentido, ya que no parecía relacionarse con nada en específico, pero cada día que pasaba en esa casa me convencía

más y más de una cosa: qué durante el día era feliz, pero apenas veía que comenzaba a oscurecer, no había nada que odiara más en el mundo, que la llegada de la noche.

Capítulo 6

Capítulo 6

La Baronesa

En el capítulo anterior, les comenté que solo mi hermano menor y yo, tuvimos experiencias sobrenaturales en nuestra primera casa, pero después de pensar un poco, me recordé que en el caso de mi mamá, si participó en un suceso importante, pero que pareciera estar más ligado a esa sensibilidad heredada en algunas mujeres de su familia para recibir avisos sobre situaciones que están a punto de ocurrir y esta, en específico, sucedió durante un viaje que hizo mi papá junto a mi hermano mayor —el cual tendría unos cinco o seis años, en esa época —a un lugar que, en aquel entonces, su carretera principal no estaba construida y el único camino para llegar a la casa de mis abuelos, era tan angosto que la <<baronesa>> —cómo se le llamaba al medio de transporte disponible para trasladarse hasta ahí, las cuales consistían en camiones a los que se les adaptaba una carrocería de madera y servían para transportar madera, mercancías y personas— se movía de un lado al otro provocando los gritos de pánico de quienes viajaban dentro de ella porque ambos extremos de la ruta, colindaban con abismos profundos.

No existía línea telefónica en esa zona del país, mucho menos, los celulares, por lo cual solo podía confiar en la fecha que mi papá le había dicho que regresarían. Para no hacer largo el cuento, no regresaron ese día y mi mamá estaba muy preocupada porque no tenía manera de comunicarse con ellos o con mis abuelos, para confirmar si estaban bien. Por lo que me contó que, en su angustia, se encerró en su habitación para pedirle a Dios que los protegiera trayéndolos sanos y salvos a casa, pero mientras lo hacía, su mirada se perdió, sin razón, en una de las paredes y tuvo una especie de visión en la cual miró una baronesa que se iba a un precipicio. Se despabiló y muy preocupada, continuó orando por ellos creyendo que su mente le había hecho una mala jugada.

La noche siguiente, regresaron a la casa y mi mamá molesta le reclamó por qué no habían venido el día anterior como había prometido, y él le dijo:

—Te voy a contar lo que me sucedió ayer. Mi papá —o sea mi abuelo— me decía: << apuráte, andáte ya, porque van a perder la baronesa y se van a tener que quedar hasta mañana>> y a pesar de que él me apuraba, cada vez que me quería ir, encontraba algo que me hacía falta meter en mi maleta. Me retrasé tanto que decidí mejor venirme hasta hoy y le doy gracias a Dios por ese atraso, porque la baronesa que partió ayer se fue a

un abismo y todas las personas que iban dentro murieron.

Mi mamá siente que Dios no quería asustarla, sino, alertarla para que orara por ellos y de esta manera, sus ángeles preservaran sus vidas intactas.

Capítulo 7

Capítulo 7

La Sombra del Payaso

Para cuando mi hermano menor cumplió los 6 años, nuestro vecino de al lado o su hija, no lo recuerdo con exactitud, ni tampoco él, porque era muy pequeño, le regalaron un payaso de juguete cuyo cuerpo estaba forrado de tiras de lana dobladas a la mitad, que se apilaban formando franjas en color verde y rojo, y sus ojos eran un par de botones negros.

Aun no termino de entender, por qué algunas personas pueden pensar que este es un buen regalo para un niño tan pequeño. En el caso de Nico, dicho de su propia boca, lo odiaba y quería deshacerse de él a toda costa, así que lo echó en el basurero del patio. El mismo día, Catalina, nuestra empleada, lo encontró y creyó que lo había tirado por error y lo trajo de vuelta dentro de la casa.

Un día, mientras saltaba sobre la cama de nuestros papás, vio aparecer de la nada, una sombra reflejada en la pared que estaba frente a él; se dio la vuelta de inmediato para ver quién de nosotros era y acto seguido comenzó a gritar de manera desesperada y a llamarnos a todos. Asustadas, Catalina, Fabiana y yo, llegamos en el acto y le preguntamos qué le pasaba. Él nos contó llorando sobre la sombra que había visto en la pared y que, al darse la vuelta, para su sorpresa y espanto, parado en la puerta de entrada a la habitación, había un ser del tamaño de un niño de 9 a 10 años con los ojos rojos que lo miraba directo a la cara. Al cual describe, todavía, como un ser sombra que tenía la misma forma que el payaso de lana que le habían regalado, pero en versión grande.

Al escuchar su historia, Catalina le dijo:

—Ahora comprendo que sí lo tiraste a la basura, de verdad, y no por error. Perdonáme por traerlo de vuelta.

Las tres le creímos y lo tiramos de nuevo en el basurero. Por suerte, esa noche pasaba el camión de la basura y el payaso se fue de vacaciones al crematorio para nunca más volver.

Reconocí de inmediato el resplandor del alivio en el rostro de Nicolás. Nadie más que yo, podía entender cómo puedes creer que has recuperado la paz al deshacerte de algo que te provocaba miedo, ignorando que hay cosas peores esperándote en la oscuridad. Y qué decir de la gran incógnita, de si nuestra pequeña vecina había decidido regalar su payaso

porque, quizá, habría tenido una experiencia parecida a la de él.

Capítulo 8

Capítulo 8

La Parálisis del Sueño

Hasta este momento, mis primeras experiencias sobrenaturales abarcaban situaciones que consideraba que todavía podía manejar sin pedir ayuda. Por mucho miedo que me hubiesen causado, no me hacían sentir que mi vida estuviera al borde de la muerte. Reflejaban más, un deseo insaciable de esas entidades por provocarme pánico. Al parecer, de eso se alimentaban.

Tenía muchas preguntas y pocas respuestas. En los catorce años que viví en esa casa, jamás molestaron a mis padres. En pocas palabras, no nos estaban echando de ahí. Me hacían sentir que era su fuente favorita de energía y, Nico se estaba volviendo la segunda.

La casa se compró cuando aún estaba en construcción, por lo que no existían dueños anteriores; fuimos los primeros en habitarla. Entonces, si nadie las había invocado, ¿cómo llegaron ahí? No tenía manera de saberlo, así como tampoco tenía idea de cómo echarlas.

Dado que estudiaba en un colegio católico, se me ocurrió preguntarle al sacerdote que nos impartía la misa y la clase de religión una vez a la semana. Sin embargo, ni bien le toque el tema, de manera cortante, me dijo que esos temas estaban reservados a los sacerdotes y a las monjas, que yo no tenía por qué andar hablando con nadie de eso. Conclusión: No podía hablarlo en casa, ni tampoco en el colegio. Era como una medicina amarga que me la tenía que tragar a la fuerza, quisiera o no.

Cuándo pareció qué, lejos de calmarse, las manifestaciones comenzaban a tomar más fuerza, durante algunas noches comencé a escuchar pasos en el techo. Cuando les conté a mis padres decían que a lo mejor eran gatos, pero era una idea que no podía aceptar, porque solo los escuchaba sobre el techo de mi habitación.

Díganme ingenua, por considerar que las cosa no se podían poner peor, pero lo hicieron. Así como se agregaron a mi tortura nocturna los pasos sobre el techo, estos se mezclaron con los del pasillo y luego la mano que solía pasarse por la pared, comenzó a darle golpes a mis espaldas. Podía sentir cada uno ellos, traspasar los ladrillos y rebotar en mi piel. Quizá, incluso, estaba comenzando a deprimirme a causa de esta situación,

porque sentía que la vida se me estaba volviendo una completa agonía y cuando creí que había llegado a mi límite y que no podía contener el miedo un segundo más, intenté gritar y pedirle ayuda a Fabiana, pero, aunque mi boca se movía, la voz no salía de la garganta. Eso me aterró y a pesar de que me esforcé por lograr, al menos, un grito, no producía ni siquiera un suave murmullo.

En mi desesperación pensé en ir hacia su cama y despertarla, pero la idea no pasó a más de eso, pues hasta ese momento, me percaté de que no podía moverme. Solo tenía movilidad en mis ojos, los cuales paseaba por toda la habitación tratando de visualizar en la oscuridad si había algo o alguien con nosotras en el cuarto, y la boca que me permitían gesticular palabras, pero sin ningún sonido. La experiencia como tal, fue terrible. Cualquiera que ha vivido un episodio de parálisis sabe que en ese instante no solo te sientes vulnerable de que cualquier cosa te pase, sino que también, te llenas de angustia, tu temor aumenta y solo puedes pensar en que no puedes gritar o que se te cortó la voz a causa del miedo y que si no te controlas no vas a poder pedir ayuda. Sabes que tu cuerpo está consciente en todo momento, pero tú extremidades superiores e inferiores no responden. La desesperación aumenta y aumenta a cada segundo, eterno, que esto extiende.

Para serles, sincera, no creo en la parálisis del sueño como explicación a este tipo de experiencias o por lo menos, estoy segura de que, ni mi caso, ni todos los casos que presentan estas alteraciones en la movilidad del cuerpo se pueden encasillar en esta <<explicación científica>>. Porque eso sería caer en lo mismo que los fanáticos religiosos hacen cuando de un solo versículo quieren defender una doctrina completa, como única. Con todo el respeto que se merecen los que defienden esta teoría, no creo en ella. Así como no se puede asegurar que ninguno de los pacientes en el mundo diagnosticados con esquizofrenia ven espíritus reales. Por eso muchos callan sus experiencias para evitar ser considerados locos y terminar encerrados en una de esas instituciones. Más de algún paciente en esos centros están tan cuerdo como tú y como yo. No puedo convencer al mundo entero de creer todo lo que cuento sobre mis experiencias, pero el mundo no puede negarme lo que he vivido en carne propia y los que han pasado experiencias parecidas saben también, que lo que se experimenta no necesita ser creído por otros para que sea real.

Lo que me sucedió no era algo mental o psicológico o producto del miedo. Mi miedo era producto de no poder hablar, ni moverme. Estuve consciente todo el tiempo de lo que pasaba y de lo que veía, porque en todo momento tuve mis ojos abiertos; esto no me sucedía mientras dormía. Mi parálisis no duraba de uno a tres minutos como lo define o describe la parálisis del sueño. Duraba al rededor de quince a veinte minutos en los cuales permanecía con mis ojos abiertos, consciente de todo lo que pasaba a mi alrededor. Podía ver a mi hermana cambiarse de lado de la cama, arrojarse con la cobija, como también escuchaba en ocasiones que

alguno de mis padres se levantaba para ir al baño. Esta inmovilidad solo pasaba hasta que la habitación se llenaba de luz por el amanecer.

Durante ese tiempo paseaba y paseaba mis ojos por todos los rincones de la habitación, queriendo, y a la vez, no, ver qué era lo que me inmovilizaba de esa manera. No les hablo de miedo interno, sino de un poder o fuerza externa que me hacía sentir como si me hubieran pegado a la pared. Sentía la presencia de algo maligno en mi cuarto, algo que antes no estaba ahí, que se había mantenido por años asustándome desde el otro lado de la pared o acechándome desde el techo y que, ahora, estaba dentro de mi cuarto. Esa presencia, era la que no me dejaba moverme. Por más que la buscaba por todos los rincones, no podía verla, pero sentía su mirada. Sabía que me observaba.

Está se convirtió en la etapa en la cual pensé que todo se había descontrolado por completo. Antes, me asustaba y me ponía a orar hasta quedarme dormida. Ahora no podía moverme, ni pedir ayuda. No era algo que me pasaba todas las madrugadas, pero con el tiempo se volvía más y más frecuente.

Un día, en la televisión, escuché a un predicador decir:

—La mente es el campo de batalla del diablo contra los hijos de Dios. Puede ponerte imágenes aterradoras, mandarte pensamientos con malas noticias que te creen temores, pero él <<no es Dios>>, él es <<creación>> por lo tanto, no puede leer tu mente. Su ataque viene de afuera, del exterior, hacia dentro de tu mente y la voz de Dios, de adentro de tu corazón, hacia fuera —y agregé—La Biblia dice en Santiago 4:7, someteos pues, a Dios, resistid al diablo, y huirá de vosotros.

Esas palabras entraron por mis oídos y penetraron como una flecha en mi cabeza. Como si de manera literal, un velo de ignorancia hubiera caído de mis ojos. La próxima vez, que experimenté una parálisis, no me molesté en hacer el intento de gritar, solo cerré mis ojos y comencé a orar en mi mente, en silencio. Poco a poco empecé a sentir paz y pude comenzar a mover los dedos de mis pies, luego los de mis manos y después, esa presencia se desvaneció al ver que no me afectaba. Me dejó tranquila.

Solo pude pensar en esos chicos rudos que molestan al débil de la escuela tratando de exponer sus inseguridades frente a otros, para intimidarlo, y hasta que esté les demuestra que ya no tienen poder sobre él, terminan por dejarlo en paz porque no es divertido molestar a alguien cuando esa persona te ignora.

Capítulo 9

Capítulo 9

El Edén de Sombras

Estaba consciente de que luchaba contra algo que se me escapaba de las manos y creía que iba a terminar por sucumbir tarde o temprano. De manera literal, llegué a creer, o que estas cosas acabarían por matarme o que si le contaba a alguien sobre ellas podría terminar en un manicomio, y no quería eso. Solo podía pensar que nunca encontraría a alguien que me creyera así que solo lo soporte lo mejor que pude y encontré la manera de vivir con ello en silencio, tratando de ignorar los ruidos y concentrándome en quedarme dormida lo más pronto posible cuando me despertaba en las madrugadas. Fue así como logré avanzar.

Pero no todas mis experiencias en esa casa fueron malas. Tuve una, en particular, fascinante, y que también fue repetitiva. Puedo decir que además la considero la experiencia que me hizo estar segura de que en medio de tanta penumbra había luz, como si Dios me intentara decir que no estaba sola como creía, sino que, si aprendería a discernir entre la luz y la oscuridad, podía comprobar que Él estaba presente en ese lugar y me cuidaba demostrándome su amor a través de ella.

Se trataba de una experiencia muy vívida en la cual me despertaba en mi habitación entre las cuatro y media y, cinco y media de la mañana. Para ese momento, mis papás habían mandado a colocar una lámina tragaluz amarilla en el techo por la cual ya podían entrar los rayos del sol a la habitación sin que hubiera la necesidad de encender la luz durante el día, dejando de parecer que estaba en una eterna noche oscura. Gracias a eso, a esa hora, ya se comenzaban a ver las siluetas de las camas y los muebles. Pero ¿Qué era lo impresionante de esta experiencia? que me despertaba a raíz del sonido del ambiente a mi alrededor. Podría escuchar con claridad el canto de pájaros y sus aleteos y el sonido del correr del agua de un riachuelo. Al abrir los ojos lo que descubrí era que mi cuarto había sido invadido por otra dimensión. Fabiana y yo estábamos ahí, podía verla durmiendo plácida en la cama del par, pero de manera superpuesta, sobre nosotras y la habitación entera, había un jardín lleno de árboles, flores y animales diversos. Era todo un jardín del Edén hecho de sombras transparentes dentro de nuestro cuarto.

Era tan real, que, si lo hubiese querido, hubiera extendido mi mano para tocar algo, lo que fuera, pero jamás lo hice porque estaba tan extasiada por lo que veían mis ojos y escuchaban mis oídos, que me dejaba llevar

por esa visión.

Recuerdo que la primera vez, dije: << ¿Qué es esto? >> y un pensamiento vino a mi mente como si alguien lo hubiera puesto ahí. Me hizo referencia de que así era el jardín del Edén que Dios había creado para Adán y Eva en el inicio de la creación y en lugar de sentir miedo porque veía a esos animales sombra moverse como si se pasearan por su hábitat natural, me invadió una paz absoluta, una tranquilidad y sensación de protección como si Dios mismo me tuviera entre sus brazos y quería hacerme saber que Él era mi refugio. Que había creado un lugar seguro para mí, me sentí de manera literal, amada. En esa atmosfera de seguridad y calma, cerré mis ojos y me quedé dormida otra vez.

Repito que no deseo entrar en controversia con nadie. Sé que, algunos prefieren las historias paranormales que no mencionan a Dios, pero como lo mencioné desde el principio, este no es un libro de historias, sino, una recopilación de experiencias reales, en las cuales narro las cosas como sucedieron. Y esa experiencia fue la que me dio la certeza de que, si es cierto que el mal existe, pero también, el bien. He experimentado ambos lados y visto como estas dos fuerzas pueden estar presentes en un mismo tiempo y espacio, como también he comprobado que no todas las personas se dan cuenta de que convivimos a diario, trescientos sesenta y cinco días al año con ambas.

Quizá, no podía comprobarle a nadie lo que estaba viviendo, pero sabía, que sabía, que sabía, aunque no pudiera explicarlo, que Dios estaba mi lado y lo puse a prueba pidiéndole más de una vez, antes de dormir, que me permitiera volver a su jardín de sombras, me dormía y cuando abría mis ojos me encontraba de nuevo ahí.

Al final de cuentas, seguía despertándome en la madrugada, pero cuando lo hacía por esta experiencia el solo hecho de que fuera acompañada por los primeros rayos del sol de la mañana, esa interrupción en mi descanso, me devolvía la fuerza y la vitalidad que los días que no lo visitaba, me absorbían.

Capítulo 10

Capítulo 10

La Mudanza

Era 22 de octubre de 1998 cuando se formó la depresión tropical Mitch. El día 23, ya era tormenta tropical. El 24 se convirtió en huracán. El 26 tenía categoría 5 en la escala de saffir-Simpson y el 29, tocó suelo hondureño y perdió fuerza. Con vientos de 290 km/h y lluvias que duraron 4 días, mi país fue azotado por la furia de uno de los huracanes más violentos del siglo. Los que vivíamos en Tegucigalpa, la capital, creíamos que saldríamos ilesos del desastre ya que nos encontrábamos en el centro del territorio nacional, pero las lluvias no cesaron.

Para el día 31, en el que otros países suelen celebrar Halloween o noche de brujas, las tormentas eran tan violentas que el viento que las acompañaba generaba un zumbido tétrico de ultratumba como si el mismo espíritu de la muerte se paseara afuera de nuestras casas, mismo que quedó grabado en los recuerdos de muchos de nosotros hasta el día de hoy.

¿Por qué mencionó esta celebración? porque se suponía que una famosa convención mundial de brujos se había planificado ese año para celebrarse en la isla de Guanaja, uno de los puntos geográficos en donde se había posado el ojo de este huracán, pero por obvias razones, dicha reunión, culto, celebración o como quieran llamarle, no se pudo llevar a cabo, pero a mi parecer y es solo mi opinión personal, esto habría traído más maldición al país que la que ya nos estaba cayendo encima.

El 1 de noviembre, la depresión tropical se estacionó sobre nuestro país y bastó para que sepultar a la avenida de Comayagüela bajo toneladas de barro. Causó grandes daños en el suministro eléctrico. Colonias y barrios enteros se perdieron con sus habitantes a dentro de sus hogares, elevando el número de muertes en todo el país a más de 14,000 más registros de personas desaparecidas de todas las edades. En los noticieros se anunciaba que en tan solo cinco días había acumulado 1,200 mm de agua. Algo histórico, puesto que esa cantidad se genera en un año durante un invierno normal en el occidente del país. Ese mismo primero de noviembre, de nuevo volvió a tomar movimiento dirigiéndose hacia México.

En medio de tanto luto, pérdida, retroceso en todos los ámbitos existentes, y un ambiente plagado de tristeza y miedo, a nivel nacional, en mi casa tuvimos una buena noticia. Tan buena como que en mi familia

no tuvimos ninguna pérdida, aunque nos golpeaba el dolor del país. Tuvimos, o tuve, la sensación de que un rayo de sol entraba por mi ventana. Mis papás, que días antes habían estado viendo casas, nos dieron la noticia de que al fin habían encontrado la casa de sus sueños y además de esto, habían conseguido comprador para la nuestra. Lo primero que pensé fue: << Ahora sí se acabó. Dejamos esta casa y comenzamos una nueva vida desde cero, en otro lugar>>.

Estaba más que feliz y lo mejor de todo, era que nos mudábamos a otra colonia en dónde vivían varios miembros de mi familia paterna. Más que luz, miraba un << Arcoíris brillante>> que me alejaba de tanta oscuridad y temor.

Capítulo 11

Capítulo 11

Primer día en la Nueva Casa

El día 13 de noviembre de 1998, debido a que el huracán Mitch borró la memoria histórica educativa del país, el 25% de la infraestructura de escuelas y colegios se perdieron, al igual que muchos archivos. Por lo cual, el gobierno cerró el año lectivo y fuimos promediados. La mayoría aprobó el curso, los que ni con esa ayuda lo lograron, tuvieron que repetirlo el año siguiente. También se perdieron archivos de los ministerios de Finanzas y Salud, del Instituto Hondureño de Seguridad Social y, además, se reportaron graves daños en el suministro eléctrico.

A pesar de tantas malas noticias, nada de esto opacaba la felicidad que sentía por mudarnos. Mi papá y Alexander, hicieron los primeros viajes de la mudanza mientras mi mamá, Catalina, Fabiana, Nico y yo, empacábamos las últimas cosas. Está de más decir que, hacía mi trabajo lo más rápido que podía y apuraba a los demás para que ya pudiéramos irnos, todos, a conocer nuestra nueva casa.

Cuando por fin terminamos de transportar nuestras cosas y cruce por la puerta de nuestra nueva vivienda, quedé enamorada de ella, me encantaba y, en definitiva, eran más bonita que la anterior. Pregunté cuál era mi habitación y apenas me la mostraron, en el acto, Fabiana y yo comenzamos a dividirnos la mitad de los cajones del clóset y de la repisa sobre la cabecera de nuestras camas. Como disfrutamos cada una decorando nuestros respectivos espacios.

Después de un largo día de trabajo en el que no había parado ni un segundo por la emoción de ver mi cuarto terminado, sentí que no podía aguantar más las ganas de ir a orinar, así que, fui al baño compartido entre mi cuarto y el de mis hermanos y me encantó ver que en lugar de cortinas tenía puertas corredizas. Cada detalle nuevo que descubría me hacía sentir más feliz de habernos mudado. Mientras me lavaba las manos, me vi al espejo y me dije a mi misma, de manera literal: << ¡qué peso más grande me he quitado de encima!>>. Salí del baño y cerré la puerta emocionada con retomar cuanto antes mis labores, pero no había alcanzado a dar el primer paso cuando escuché correrse una de las puertas del baño. Se me erizó la piel de todo el cuerpo y solo pensé: << ¡Dios! ¡por favor, no! dime que solo fue el aire que se encerró dentro del baño al cerrar la puerta y que esas cosas, no me siguieron hasta aquí>>. No tuve el valor de volver a abrir la puerta y confirmar nada. Decidí

ignorarlo, me tragué el miedo y volví corriendo al cuarto a terminar de arreglar mis cosas.

Capítulo 12

Capítulo 12

Primeros Seis Meses

Nicolás y yo, desde pequeños hemos sido muy unidos y compartimos desde siempre, esa sensibilidad hacia el mundo espiritual. Le sucedía exactamente lo mismo que a mí. Experimentaba cosas dentro de su habitación y Alexander, nuestro hermano mayor, jamás se percataba de nada. Es por eso que un día me pidió que fuéramos a la sala a conversar un rato, pues tenía algunas cosas que quería contarme. Desde que me pidió hablar a solas, sospeché que él podría estar ocultando cosas a nuestros padres, al igual que yo lo hacía.

Una vez en la sala, me dijo:

—A vos te pasan cosas raras y a veces a mí, también.

—¿Te pasó algo, además, de la sombra del payaso en la casa vieja? —le pregunté.

—Sí, algo muy raro. Un sueño que tuve varias veces, pero desde que nos mudamos, no lo he vuelto a tener —no sé por qué, pero sentí temor en mi corazón de que pudiera decirme que se trataba del mismo sueño del dragón que se me había repetido, tantas noches, por tantos años, y, conteniendo los nervios, le pregunté:

—¿Y de qué se trataba tu sueño?

—De un dragón con cara de tonto que no nos dejaba salir de la casa y si lo hacíamos, nos comía—me respondió.

—¡No puede ser! —le dije—¿Te referís a un dragón que cuando te asomabas hacia las gradas de la entrada del bloque, venía corriendo hacia nuestra casa y aunque tenía cara de tonto, daba un miedo terrible?

—¡Sí! ¡¿Cómo sabes eso?! —me preguntó sorprendido.

—Porque yo, también, tuve decenas de veces ese mismo sueño durante años, mientras vivimos en esa casa y hasta ahora, que te escucho mencionarlo, caigo en cuenta que tampoco lo he vuelto tener desde que nos mudamos aquí. Ambos nos quedamos en silencio por un instante, analizando la revelación que acabamos de hacernos. Ni siquiera los hermanos gemelos comparten sueños como era posible que nosotros con

ocho años de diferencia, pudiéramos hacerlo. Esta era la mejor prueba de que en esa casa pasaban cosas que se escapaban de toda explicación lógica y, ya no era solo yo, la que lo había experimentado.

No puedo negar que me sentí un poco aliviada al descubrir que no era la única viendo, oyendo o teniendo sueños extraños y, no es que me alegraba que lo asustaran a él, también. Claro que no, pero cuando te suceden este tipo de cosas, sueles en algún punto, temer estar quedando loco hasta que descubres que otra persona experimenta las mismas cosas. Tal vez, no te cura el miedo, pero te da la certeza de que no has imaginado nada.

Capítulo 13

Capítulo 13

El Habitante del Clóset.

Por un par de días, todo permaneció en calma hasta que una tarde, alrededor de las 4:30 a 5:00 p.m. mientras estaba en mi cuarto, sola, comencé a escuchar un golpe repetitivo que provenía del interior del clóset. Sonaba igual a cuando alguien toca una puerta para entrar. Me dio miedo y de inmediato me recordé del incidente con la puerta corrediza del baño de la semana anterior, pero aún no quería creer nada sin estar segura, ya que había ido al baño todos los días y no había vuelto escuchar que se movieran, al cerrar la puerta. Lo había considerado como un hecho aislado y como aún era de día y mi historia paranormal se caracterizaba por haberse manifestado <<siempre>> de noche, no le di importancia a esos sonidos. Me hice la valiente y me mentalicé a no caer en el vicio de imaginar cosas por dejarme vencer por el temor a los sucesos pasados. Sin embargo, el sonido siguió repitiéndose en los días siguientes.

Esto no hizo que dejara de abrir el clóset cuando necesitaba sacar ropa o zapatos para cambiarme, pero evitaba hacerlo, cuando escuchaba esos golpes. Hasta que un día de esos en los que no andaba del mejor ánimo del mundo, el sonido se presentó otra vez mientras estudiaba para un examen y no lograba concentrarme, debido a él. Lo había ignorado todo lo posible, pero estallé y tiré mis libros sobre la cama, me puse de pie y fui hasta el clóset y exclamé:

—¡Ya déjenme en paz! —tomé las manijas de las puertas y tiré de ellas para abrirlas. La valentía y el enojo se me esfumaron en el acto cuando antes de lograr abrir por completo las puertas, sentí una fuerza sobrehumana que tiró hacia adentro de ambas para cerrarlas de nuevo. Grité asustada y salí corriendo del cuarto despavorida y me tiré sobre uno de los sillones de la sala. Temblaba del miedo porque esa cosa estaba ahí, en el clóset de mi cuarto.

La repetición, una y otra vez en mi cabeza de cómo había estado a punto de ver lo que había adentro del closet antes de que se cerraran las puertas, así de golpe. El dolor latente y el enrojecimiento en mis manos, era tan real como las uñas que se me habían roto por la manera tan brusca en la que me habían arrancado las manilletas de las puertas. Nunca había tenido una experiencia de ese tipo en mi vida. No comprendía como esa cosa se había vuelto tan fuerte de la noche a la mañana, como para hacerme daño. De hecho, ya no estaba segura de sí era la misma entidad de mi antigua casa o me encontraba frente a algo de

otro nivel que ya habitaba ahí, desde antes que nos mudáramos.

Por nada del mundo quería entrar de nuevo a mi cuarto, pero tenía que volver en algún momento. No sabía qué hacer, no podía contarle nada a Nico porque solo iba a conseguir asustarlo. De lo único que estaba segura era de que el evento de las puertas corredizas del baño, solo había sido mi saludo de bienvenida.

Después de esa tarde, el ambiente, poco a poco comenzó a tornarse pesado, mucho más que el de nuestra antigua casa. Allá los sucesos eran nocturnos en esta se mostraban de día sin ninguna prudencia o sigilo. Poco me duró la felicidad; el terror nocturno estaba de vuelta. De catorce años de edad que tenía, al menos diez, permanecían en mi memoria llenos de noches tormentosas de las cuales, pensé que me había escapado de la oscuridad, pero en esta casa tan bonita, mi futuro se veía predestinado a cosas que ni siquiera lograba imaginar todavía.

Era realista y no solo Nico no podía enterarse de nada, nadie debía hacerlo. No quería ser la culpable de opacar nuestra mudanza con mis historias. Apenas acabamos de cumplir seis meses, a lo sumo, de vivir ahí, y era imposible que nos mudamos a otro lugar, cuando todos estaban encantados con la nueva casa, excepto yo, como siempre.

Capítulo 14

Capítulo 14

El Hombre Sombra

Para cuando mi hermano mayor, Alexander, había entrado a la universidad, y yo me encontraba cursando mi último año de secundaria, Fabiana el segundo año de colegio y Nico estaba en el tercer grado de la primaria, este último, experimentó una situación de verdad aterradora. Como cualquier día me desperté y fui a la cocina a prepararme algo de desayunar; me crucé con mi mamá en el comedor y me dijo:

—¿No escuchaste que Nico te estuvo llamando en la madrugada?

—No... —le respondí preocupada —¿Qué pasó?

—Te estuvo llamando a gritos. Me desperté y fui a su cuarto averiguar que pasaba y lo encontré petrificado del miedo y llorando. No le pude sacar que le había pasado, así que, lo abracé y estuve con él hasta que se quedó dormido. No sé cómo no lo escuchaste si te llamaba a gritos y yo escuché hasta mi cuarto y el tuyo está más cerca.

—No, de verdad no lo escuché —le insistí. Me olvidé del desayuno y me fui a su cuarto de inmediato a ver cómo estaba y poder platicar a solas con él sobre qué le había sucedido. Entré y vi que ya se había despertado. Cerré la puerta y me senté en la cama de al lado.

—Me dijo mi mamá que anoche me estuviste llamando.

—Sí, te grité, pero nunca viniste. Hasta mi mamá me escuchó desde su cuarto.

—Lo siento, no sé porque no te escuché. ¿Qué te pasó?

—En la madrugada, me desperté. Se me quitó el sueño y me senté sobre la cama. En mi mente, Alexander estaba durmiendo en la cama de al lado; no me di cuenta de que había salido con sus amigos (de hecho, esa noche nuestro hermano mayor no había regresado a dormir a la casa). De repente, oí que le dieron vuelta al llavín de la puerta y, esta se abrió y vi una persona parada en la entrada de mi cuarto, pero no le distinguí el rostro, no tenía rasgos definidos. Solo que era un hombre alto con sombrero, todo él, hecho de sombra, más alto que mi papá, incluso. Y me llamó mucho la atención que cuando cruzó entre mi cama y el espejo que

está enfrente, vi con claridad como se reflejó su silueta en el espejo. Al principio, solo pensé: <<que raro>> porque me acababa de despertar y no tenía claro lo que miraba. Todo pasó muy rápido. Entró, lo vi pasar frente a mí, luego, girar hacia la derecha y cruzar por el angosto pasillo entre las dos camas y avanzar hasta atravesar por la ventana que da al patio y, desapareció por ahí.

A pesar de que había pasado justo a mi lado, aún no sentía miedo porque no había procesado nada, sino, hasta segundos después que de la nada, o como si mi cerebro se hubiera dado cuenta antes que yo de lo que pasaba, se me aceleró el corazón y me quedé petrificado. Volteé a ver hacia la otra cama y vi que Alexander no estaba. Te quise gritar, pero no podía hablar, ni moverme y cuando al fin logré decir una palabra, fue tu nombre.

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 15

Golpes en la Madrugada

A pesar de qué siempre parecía salir bien librada de estas experiencias, llegó una etapa en mi vida en la cual caí en una profunda depresión debido a ellas. Mientras más crecía, maduraba y perdía esa facultad de ver el mundo color de rosa como lo ven los niños, menos ganas me daban de compartir con otros lo que me sucedía. Me sentía diferente a los demás, y, con diferente no me refiero a especial. Todo lo contrario, para mí era como si cargara con una maldición de la cual no quería que nadie se diera cuenta que me seguía porque no deseaba que me marginaran considerándome una persona rara o extraña. Me alejé de muchas amistades y de mi propia familia porque no tenía ganas de ver o hablar con nadie. Con las únicas personas que hablaba sobre el tema, eran mi hermano menor y una de mis tías maternas, que asistía a una iglesia cristiana. Ella me recomendó que memorizara el Salmo 91 y que lo declarara con convicción cuando estas cosas me sucedieran, para mi protección.

Combinada a esta depresión, me sentí caer, también, en una crisis existencial en donde ya no sabía qué hacer con mi vida. Iba por el segundo año en la universidad y no me gustaba la carrera que había elegido, pues me había matriculado en Ingeniería Industrial porque todas mis amigas del colegio estudiaban lo mismo y me gustaba la idea de que permaneciéramos juntas. Pero a medida que íbamos avanzando a las clases de facultad me daba cuenta de que no quería seguir el mismo camino que ellas y en medio de ese sentimiento de no saber hacia dónde me dirigía, me acerqué a mi prima Raquel, que, sin haberlo planeado, se convirtió en una de mis dos mejores amigas. Me lleva 7 años, por cierto, pero cuando estamos juntas no sentimos que la diferencia de edad sean un problema para nuestra relación. Ella me enseñó las bases de la repostería y eso me ayudó mucho con la depresión, porque permitió que mi creatividad tuviera espacio para ponerse en práctica. Sin embargo, lo que nos unió en un principio, fue que ambas estábamos en deprimidas y en la misma situación con respecto a la universidad. En su caso, llevaba muchos años estudiando una carrera que, en aquel momento no sabía si iba a terminar.

Mientras ella hacia la práctica en una institución del gobierno conoció a una persona que asistía a una iglesia cristiana y la invitó a visitarla un día,

pero cómo Raquel era católica, no aceptó de buenas a primeras, pero al continuar con la depresión sintió que necesitaba ayuda de Dios y entonces aceptó. Me pidió que la acompañara y acepté sin basilar, porque también quería salir del hoyo en el que me encontraba.

Desde el momento en que pusimos un pie dentro de ese edificio, nos sentimos rodeadas de un ambiente de paz, qué de manera literal, no existía tal atmósfera, afuera de esas cuatro paredes. Era como si nos hubiésemos sumergido en una dimensión ajena a lo que estaba en la calle y esa sensación de protección no la había sentido nunca, en ninguna parte y, mucho menos en mi habitación. Al terminar la parte de la alabanza y adoración, la pastora de la iglesia se nos acercó y nos dijo que quería orar por nosotras y nos llevó a un pequeño callejón dentro del mismo local. No había ni siquiera dicho una palabra cuándo sentí que todo mi cuerpo comenzó a temblar. Empecé a llorar sin razón, solo por el hecho de que ella se había colocado en medio de nosotras dos. Emanaba esa misma presencia, pero todavía más fuerte, qué se sentía en todo el lugar. Como si Dios mismo estuviera tratando de decirnos que estaba ahí, cerca de nosotras.

La pastora dijo cosas que me impactaron muchísimo. Primero, que miraba un espíritu de muerte que nos seguía, junto con un espíritu de depresión y otro de suicidio.

—Estos tres espíritus acostumbran a andar juntos —nos dijo —Es por eso que las personas que caen en depresión tienen pensamientos suicidas y en los casos más severos, terminan por quitarse la vida. Porque no saben que hay fuerzas sobrenaturales que influyen sobre sus pensamientos y los pensamientos generan emociones negativas en ellas.

Cuando escuché la palabra <<suicidio>>, me impactó, porque se me hacía difícil comprender cómo una persona que jamás me había visto en la vida, pudiera saber que esa idea se me había cruzado más de una vez por la cabeza. Y no solo a mí. Si no también, a mi prima. Teníamos más de un año de llevarnos como mejores amigas, nos contábamos todo y nunca nos confesamos ese detalle la una a la otra. Está claro que no es algo que uno le cuenta a todo el mundo, pero en ese momento, nos sentíamos desnudas ante esta persona, que revelaba cosas de nuestro pasado y presente que considerábamos nuestros secretos mejor guardados. Nos sentimos tan liberadas después de esos quince o veinte minutos de oración, que continuamos asistiendo a esa iglesia por un tiempo.

En una ocasión, le pregunté a la pastora como podía hacer para desarrollar una relación así de estrecha con Dios, como para que me revelara cosas que pudieran servirme para ayudar a otras personas como lo había hecho con nosotras a través de ella.

—Dios no tiene favoritos —me dijo—Solo hay personas que lo buscan más y Él se muestra más con ellas, porque le gusta ser cercano a sus hijos y que, no lo vean como el Dios que esta allá lejos en el tercer cielo. Tu naciste con un don para ver el mundo espiritual y eso no lo vas a poder cambiar, porque cada vez que nace un niño con un don así, <<Todos>> (buenos y malos) se dan cuenta en el mundo espiritual. Estoy segura de que siempre has sentido presencias a tu alrededor y has notado que ellas se aseguran de que te des cuenta de que están ahí. Te quieren asustar, pero no las dejes. Es <<Mayor>> el que está en ti, que aquel a quien ellos sirven y, si te sirve de algo, mi relación con Dios avanzó a otro nivel cuando comencé a buscarlo de madrugada. A medida que tu relación con crezca, crecerá también la revelación de su parte.

Esa fue la primera vez, que, de verdad creí que podía hacer algo bueno con el don que había recibido. Me propuse despertarme a las 4 de la mañana, para buscarlo, con una gran expectativa de que sería lo que experimentaría, pero como de costumbre, me desperté a las tres. Cuando vi la hora en el despertador me dije a mí misma: <<no hay problema, me desperté una hora antes y voy aprovecharla>> apenas comencé a orar y agradecerle a Dios por mi familia, por tener salud, entre otras cosas, comencé a escuchar el sonido de unos pasos. Los podía escuchar desde mi habitación marchando sobre la cisterna de la casa, la cual quedaba frente a la ventana del cuarto de mis hermanos (justo por donde había salido el hombre sombra del capítulo anterior) Era una marcha estacionaria, no avanzaban. Ruidosos y osados, pero imperceptibles para todos, menos para mí. Como estaba sentada sobre mi cama para no dormirme, me pegué de espaldas a la pared. Estaba aterrada de miedo, pero decidí continuar orando, enfocándome, solamente, en cumplir mi objetivo. A medida que oraba, los pasos parecían escucharse más fuertes y que aceleraban su ritmo. Miraba hacia mi hermana con la esperanza de que se despertara, pero nada. Seguía durmiendo plácida en su cama sin darse cuenta de lo que ocurría afuera.

Lo que les contaré a continuación, pasó en cuestión de unos pocos segundos, pero lo explicaré en detalle:

Lo único que vino a mi mente fue: <<el salmo 91>> y supe de inmediato, que ese era el momento para usarlo. Comencé a declararlo y conforme avanzaba a cada versículo, parecía que todo se descontrolaba en el patio de la casa. Los pasos marchaban a toda prisa. Esa cosa estaba respondiendo de una u otra manera a las declaraciones que estaba haciendo. El corredor del garaje, de la casa de mis padres se une al patio formando una "L" invertida (la habitación de ellos y la mía se encontraban en la parte más larga y doblando a la izquierda se estaba el baño de visitas y por último la habitación de mis hermanos) como si esa entidad se hubiera elevado en el aire, los pasos cesaron, para dar inicio a una serie de golpes sobre la pared. Eran como puñetazos fuertes y comenzaron en el muro del cuarto de Nico y Alexander y avanzaron por el baño. Cuando

me di cuenta que se acercaban rápido a donde yo estaba, declaré con toda la fe que tenía:

... "No temerás el terror nocturno,
ni saeta que vuele de día,
ni pestilencia que ande en oscuridad,
ni mortandad que en medio del día destruya..."

Y de manera milagrosa, los golpes se detuvieron justo antes de alcanzarme y pude escuchar como esta entidad cambió de rumbo de manera brusca. Como si algo o alguien lo hubiese detenido, y huyó de mi casa mientras generaba una especie de aullido a lo largo de todo el corredor del garaje.

Me mantuve en silencio por un par de minutos tratando de asimilar lo que acababa de pasarme. Podía percibir de manera clara, que el ambiente todavía seguía contaminado por más entidades. No sabía cuántas, ni aun hoy en día podría decir cuántas habitaban la casa de mis padres, pero sin duda, una de ellas, había huido esa madrugada.

Me quedé despierta hasta que amaneció y como a las siete de la mañana, llamé a mi tía y le conté lo que me había sucedido. Fue hasta ese momento, que ella me confesó que había tenido una experiencia muy parecida, también durante una madrugada y que al haber declarado el salmo 91, la presencia que revoloteaba por el patio de su casa, había huido. Por esa razón, me había recomendado memorizarlo.

Me sentí feliz de darme cuenta, de que <<sí>> hay manera de defenderse de esas presencias y ya no me sentía tan débil, pero por sobre todas las cosas, entendí que <<el positivismo>> no funciona contra las fuerzas sobrenaturales para hacerles frente tienes que meterte en las mismas aguas de lo contrario no podrás librarte de ellas.